

ventana, Mondoñedo rugió celoso como un tigre herido y amartilló su pistola.

—¿Que haceis? dijo asustada Eloisa.

—Dejadme, dejadme, es preciso que ese hombre muera!.....

Eloisa se arrojó al brazo del estudiante, asiéndose del arma preparada.

—¡Que me solteis! gritó Mondoñedo.

—¡Ese beso es su sentencia! exclamó rabioso el estudiante.

Eloisa, con ese vigor que se despierta en la constitución nerviosa de la mujer cuando se desencadena momentáneamente el despecho, asió al joven y lo arrastró hasta ponerlo en la puerta de su aposento.

El Conde atravesó como un fantasma delante de Eloisa, que se pegó al dintel huyendo al contacto de aquel hombre siniestro.

CAPITULO V.

DEL PARTISU QUE LE ABRE EL AUTOR DE ESTE LIBRO PARA DECIR ALGO SOBRE EL JEFE SUPREMO.

I

El general Forey, nombrado comandante en jefe de la expedición después de la derrota del 5 de Mayo, llegó á Veracruz con un tren inmenso de guerra y tropas de desembarcos, para llevar adelante la empresa de Napoleón III.

La Francia enviaba sus mejores tropas para lavar en lo posible la mancha imborrable de su bandera.

Todo anunciaba, un pronto cataclismo, y la nube crecía y se condensaba, y aparecía el horizonte como un manto de muerte que se iba extendiendo en el cielo de la República.

El viejo general Forey, aquel veterano que hizo la *veteranada* de esconderse durante el asalto de la torre de Malakof, era el caballo de batalla de Napoleón III, para llevar adelante su malhadada empresa.

Llegó, como decíamos, á la ciudad heroica, donde fué recibido como el Mesías, porque la situación de Laurencez era punto menos que insostenible; el infeliz derrotado de Puebla fué relevado del mando por Forey, declarado loco por el ejército, silbado por el pueblo; decididamente no era envidiable el estado de ese militar francés.

Forey, huyendo de la zona del vómito pasó á Orizaba, no sin dejar en el puerto tres ó cuatro proclamas que nadie quiere recordar.

Llegó el veteranísimo á la ciudad mencionada, donde se le hizo un gran recibimiento por el gobierno del jefe supremo, que en gran tren y seguido de su *ministerio*, dió la bienvenida al general, este excelentísimo señor, en prueba de fraternidad, y como una muestra de lo que los mexicanos intervencionistas podían esperar de la Francia, espetó el siguiente decreto que le supo á acibar al jefe supremo:

El general en jefe, investido de todos los poderes militares y políticos, hace saber al pueblo mexicano, y en particular á los habitantes de Veracruz, según la disposición que hemos recibido, que el gobierno instituido por el señor general Almonte, sin el concurso de la nación, no tiene de ninguna manera la aprobación de la intervención francesa, y que el general Almonte tendrá que:

1.º Disolver el ministerio que creó.

2.º Absteneres de dictar ninguna ley ó decreto, y

3.º Dejar el dictado que indebidamente tomó de jefe supremo de la nación, concretándose en lo sucesivo del modo más perentorio á las instrucciones dadas por el emperador para proceder en lo posible con los otros generales mexicanos acogidos á la bandera francesa, á la organización del ejército mexicano, que obrará solamente bajo nuestras órdenes.—FOREY.—Veracruz, 4 de Septiembre de 1862.”

Conciso era el general Forey, pero incisivo en extremo.

Jefe supremo, ministerio, empleados, generales, decretos, circulares y grandes sellos, todo desapareció de la carpeta política, voló, echo átomos se pulverizó, quedando en pie una docena de infortunados en el cadalso de la vergüenza.

Los sentimientos *patrióticos* de Almonte y su camarilla; los obligaron como á Don Simplicio, á renunciar generosamente á sus sueños de gobierno, y á quedar de *caballeros particulares* en la corte de Murat de 863.

Forey les dispensaba su alta protección invitándolos á su mesa; en cuanto al ministro Saligny, aconsejó al jefe supremo que se curase la pesadumbre con *coñac*, que era el licor del olvido.

Almonte, que siempre era más decente que Saligny, no aceptó el consejo, á pesar de su angustia, que era dolorosísima.

Forey esperaba la llegada de *todo* el contingente de guerra; apenas tenía treinta mil hombres y cincuenta piezas de artillería, demasiado poco para comenzar sus operaciones contra un ejército de menos de veinte mil hombres.

Entretanto, divertía su fastidio calavereando en Orizaba é inquiriendo hasta los menores detalles sobre el ejército mexi-

cano, el progreso en sus elementos de defensa, y acumulación de tropas en la plaza de Puebla y sus alrededores.

Seguro estaba de la victoria, toda vez que los mexicanos no podían contar con tropas suficientemente disciplinadas que oponer á los más bizarros batallones del ejército francés.

El viejo general se deleitaba con el pensamiento de alcanzar el bastón del mariscalato y una cruz más que colgar á su cuello encorvado y apoplético.

La ambición es el sueño eterno de los soldados. Forey estaba en su derecho, ningún déspota tuvo esclavo más sumiso, ni verdugo más obediente.

El viejo estaba tan posesionado de su papel, que mandó hacer su busto en bronce, y se permitió regalarlo á la ciudad como un rico presente.

La posteridad nunca nos hubiera perdonado el no haber tenido entre los objetos del museo nacional la efigie del vencedor de Puebla.

La modestia no era seguramente la virtud que más distinguía al general Forey.

Es de sentirse que aquel retrato haya desaparecido de la galería zoológica para entrar en la tumba del olvido y en la atmósfera de la silba.

II.

Forey obsequió con un baile á la sociedad de Orizaba.

La oficialidad sacó á relucir sus galones, Almonte y su comparsa los suyos, y un número reducido de señoras sus atavíos de gala.

El salón parecía un cuerpo de guardia; apenas se distinguía un frac, ó un individuo sin las alhajas del soldado.

Aquella noche todo pertenecía al escalafón.

Comenzó la danza y la algazara extraña para nuestra sociedad, en ese vértigo terrible de la locura francesa.

—¿Qué os parece, señor general, de todo esto? preguntó Saligny al general Forey.

—Aun no me puedo formar idea, porque la mayor parte de las familias no han aceptado la invitación.

—Ya se les irá quitando el escrúpulo.

—No esperaba un desaire.

—Es que la ciudad es reducida, y aquí tenéis todo lo que puede frisar con nosotros.

—No conozco el país.

—Cuando lleguemos á la capital será otra cosa, allí está el foco del partido intervencionista, allí seremos acogidos de una manera más conveniente.

—Hay aquí mexicanas hermosísimas, señor ministro.

—Sí, no lo niego, sobre todo, una que me despierta el entusiasmo.

—Es peligroso á nuestra edad ese despertamiento.

—¡Diablo de viejo! gruñó Saligny, nivelarme con él en años, esto es una barbaridad.

—Estáis pensativo, señor ministro.

—No, me había fijado en la joven susodicha.

—¿Es de aumento vuestro lente?

—No exajero, general, ved á esa joven, es la más hermosa de la reunión.

—Sí, efectivamente, tiene una dentadura admirable; vedla ahora, señor ministro, es el momento.

La joven se sonreía con un capitán ayudante de Forey.

—No me hace mucha gracia lo que vos llamáis el momento porque vuestro ayudante no deja de ser temible.

—Algo, señor ministro, algo, es el más calavera del ejército, y se tiene por un galanteador de primera fuerza.

—Hablemos de otra cosa; ¿como os fué de *cuadrilla de honor*?

Aquello era una sátira al viejo, que bailaba detestablemente haciendo una caricatura graciosísima.

—¿Y á vos? contestó el general, ya veo que sois ducho en esto de evoluciones, siempre al diplomático se le distingue en todas partes, es lástima que seáis miope.

—Me la volvió con usura, pensó Saligny, y luego continuó:

—No deja de tener su gracia el hacernos bailar.

—Es simplemente una fórmula de etiqueta; perdonad, pero la joven que os agrada sigue batiéndose con mi Estado Mayor.

—No hagáis caso, vuestros ayudantes salen pasado mañana para Puebla y es negocio acabado.

—Es que pueden dejar firmados algunos convenios.

—Señor general, estáis esta noche de broma.

—No, pero veo que es más natural que las conquistas se hagan por los jóvenes, que no por nosotros.

—¡Está pesado el viejo como un demonio! murmuró desesperado Saligny, sin quitar su lente de la muchacha, que coqueteaba á todo su sabor con un círculo de oficialés.

—Vamos, señor ministro, no hay que fastidiarse, es necesario darle á la época lo que es suyo; esa joven está más contenta con el capitán, que con todo un plenipotenciario de S. M. el emperador,

—General, habéis creído que tengo empeño, en el negocio, y me dáis una obra.

—No os empeñéis en negarlo, señor ministro, porque tendré sospechas.

Saligny comenzó á reírse, para disimular lo escocido que se hallaba con el bromazo que estaba recibiendo.

III.

—Estoy desesperado amigo mío, exclamaba un mozalvete almirado como un caramelo; estos oficiales no dejan bailar ni una sola pieza, todo lo han monopolizado.

—Eso ya lo sabías.

—Sí, pero esperaba de la galantería de nuestras paisanas que nos prefirieran al menos en una danza habanera.

—Te has equivocado, proseguía su interlocutor, que era una especie de camastrón, que asistía por curiosidad al baile, no sin fijarse en todas las personas, para sacar más tarde á relucir poridades.

—Rosario me había ofrecido un wals, apresúrome á sacarla, y cuando menos lo pienso, me espeta un "lo tengo dado," que me dejó nervioso y epiléptico.

—Eso te va á pasar toda la noche; busca alguna fea rezagada, y lánzate entre esa turba, que ya hunde el salón á patadas.

—La moda de los acicates me tiene horripilado, en menos de diez minutos han hecho girones los trajes de las señoras.

—Nada tiene de particular, son soldados de caballería.

—Eso no es lógico porque los artilleros traerían sus morteros y obuses.

—Quién sabe si más tarde.

—Caballero, caballero, dijo un oficialito francés acercándose á los dos jóvenes, esta señora desea tomar aire, si tenéis la bondad de conducirla á los corredores, os lo estimaría mucho, porque estoy comprometido á bailar esta polka que se comienza á tocar.

Sin dar lugar á que le contestacen, dejó plantada á una vieja llena de plumas y gallardetes frente á los dos amigos, que se miraron asombrados.

—Y bien, caballeros, ¿quién me conduce?

Los amigos guardaron silencio.

—Noto que ninguno quiere ser desairado por preferencias inconvenientes, y me veo en el caso de asirme del brazo de ambos para que no haya sentimientos.

—Por mi parte no los puede haber, respetable señora, dijo el amigo del dandy.

—¿Cómo es eso de *respetable*, caballero? Yo no soy una

señora, y menos *respetable*, soy señorita hasta hoy, gracias á Dios.

—Como el matrimonio no se conoce en la fisonomía, usted me perdone.

—Eso es otra cosa, aunque siendo usted de Orizaba, debía conocerme.

—Ya, pero no tenía el honor de.....

—Pues calle de.....me tiene usted á su disposición.

—Mil gracias.

En aquellos momentos pasaba una joven del brazo de un oficial, y acercándose al dandy, le dijo al oído:

—Me ha dejado usted sentada, señor de Miraflores, doy á usted las gracias.

—Es cierto, gritó el joven dándose una palmada en la frente, soy un animal, la única pieza que tenía asegurada se me va de entre las manos; espere usted, disimule usted, la satisfago á usted, baile usted, hace usted muy bien!.....pero es necesario que yo explique, que aclare esta equivocación y diciendo esta ensarta de majaderías se lanzó en pos de la pareja que desapareció en el torbellino del baile.

—Ese hombre es inoportuno, dijo la señora emplumada; pero al fin me ha sacado de un gran compromiso, ya nos quedamos solos y de pareja.

—Yo no puedo consentir esto, señora, Miraflores tendrá que darle á usted una satisfacción.

—No la necesito.

—Pero yo soy todo un caballero, y esto no debe quedarse así.

Y á renglón reguido se marchó, sin atender á los clamores de la señora, que viéndose sola y desairada, tuvo á bien desmayarse sobre un teniente coronel de caballería, que á fuerza de coñac estaba algo entorpecido.

—¡Ea, madama! se ha enrerado el canelón de la charretera con el peinado.

Viendo en gran peligro su tocado, la noble dama se levantó, ayoyándose en los brazos hercúleos del soldado, dejando un pintarrajo de cosmético prieto en la solapa del uniforme.

—Si usted es caballero, le suplico pida una satisfacción al señor de Miraflores, causa de mi desmayo.

El soldadón se decidió por la aventura, y preguntó á la señora quién era el atrevido.

—Aquel, aquel narizón de los cuellos parados y el frac puntiagudo, aquel joven alto y espigado como una garrocha y rubio como un coco; aquel del chaleco blanco y guantes idem.

—Ya, ya lo distingo. Caballeros Jardines, caballeros Amapolas, venga usted acá.

—Miraflores, caballero, es el apelativo de ese imberbe.

Dirigióse el soldado, y dando un golpe al dandy en el hombro, le dijo:

—¡Perdone usted!

—Me ha roto la clavícula este elefante.

—Venga usted conmigo.

Al momento salieron ambos del salón, y ya en el patio de la casa, el soldado tomó por la oreja al joven y lo levantó dos palmos de la superficie del suelo.

—¡Uff! ¡qué animal!

—A las damas no se les ofende impunemente.

—Caballero, tué un olvido, la polka era un ofrecimiento hecho con un día de anticipación, ya he reparado el olvido.

—Pues para refrescar la memoria, bueno es calentar las orejas.

Y dió otro par de tirones que dejó estupefacto al infeliz joven.

—Ahora vaya usted, y baile otra pieza con esa señora.

—En el acto, y sírvase usted no mezclarse en mis negocios, ni *intervenir* tan directamente con los que somos partidarios de la *intervención*.

—¡Buenos partidarios tenemos! murmuró el soldado. Y tomó rumbo á su alojamiento.

IV

Tras una columna del patio se había ocultado el amigo de Miraflores, y presenciando la ridícula escena que acabamos de describir.

El *dandy* tornó al salón hecho una furia contra el francés.

Lo primero con que tropezó fué con la vieja.

—¡Gracias á Dios que no ha sucedido una desgracia!

—Déjeme usted, señora, que estoy hecho un toro.

—Ha matado usted al teniente coronel?

—Miraflores vió con tal ira á la emplumada señora, que ésta temió por la vida del francés.

No hay duda, ¡le ha matado!

—¿A quién? ¿á quién? preguntaron varias veces.

—Al teniente coronel H.

—¿Quién es H?

—Un hombre generoso sobre el cual acabo de desmayarme.

—¡Ah!

—¡Oh!

—Pero ¿qué significa eso, señores?

—Nada, que ese señor se ha marchado bueno y sano á su casa.

—Vámonos, hermana, dijo un señor obeso y de frac ra-bón, vámonos, han dado un escándalo en el baile; mañana no se va á hablar de otra cosa en Orizaba, donde hay tanto juarista observando nuestros movimientos.

—Deténgase usted, señor de Bodoys, y convéngase de que nadie ha reparado en ustedes; los franceses todo lo han absorbido; y no hacen el menor aprecio de los mexicanos que se les unen, ni en bailes, ni en política; vea usted, sin ir muy lejos, allí está Almonte, ni una sola vez le ha dirigido la palabra el general Forey, todos sus ministros andan como pájaros espantados, fuera de su centro.

—El dicho de usted es sospechoso.

—Ya veremos más tarde; entretanto, la ausencia de usted, lo mismo que su presencia, son de todo punto inapercibidas.

—¿Eso es un insulto?

—No, es simplemente una verdad.

—Es que á mí me ha saludado el general de una manera muy afable.

—¿Y eso qué importa?

—En política todo tiene significación.

—Me alegro.

V.

¡Vaya un gracioso altercado! dijo Wask á Manzanedo; esta gente no sabe el terreno en que se encuentra, se creen que los franceses los tienen en mucho, eso es perder la conciencia de lo que valen.

—Reparad, caballero, en que habláis delante de un mexicano.

—Perdonad, amigo Manzanedo, pero á vos no os nivelo con esos entes ridículos que disputan en el salón y en plena concurrencia.

—Es que ese joven con quién altera Bodoys no es un cualquiera.

Ya lo conozco, pertenece á una buena sociedad, y está en el baile para observar cuanto pasa y escribir á los periódicos de la capital.

—A pesar de mi adhesión á los principios intervencionistas me disgusta profundamente la arrogancia francesa.

—No vale la pena.

—Si hubiera otro medio de salvar nuestros intereses, yo

lo aceptaría gustoso; hay algo de terrible en que el extranjero pise en son de guerra el territorio patrio.

—Estáis montado á la antigua, la patria es el dinero, ó por lo menos, abre las puertas de todas las patrias.

—No estamos del todo acordes, Wask.

—Hace tiempo que os encuentro susceptible y escrupuloso; hablando de otra cosa, vuestro amo, el príncipe Don Juan, creo que será un buen rey de México.

—¿Os burláis, caballero?

—Estáis quisquilloso como un colegial, ya sabéis que yo en este juego voy solo á mi negocio, y me cuido poco de la política; dinero y dinero, y siempre dinero.

—Este hombre es un miserable, murmuró Manzanedo.

—Galante está Don Fernando, dijo Wask, viendo á su amigo que hacía confesión general al oído de una preciosa orizabeña.

—Me parece que el reducto será tomado.

—No lo creáis, esa joven tiene unos ojos demasiado lánguidos para dejarse arrastrar por las palabras del Conde; estoy seguro de que lo rinde y cuando salga mas bien librado, lo olvida á la salida del salón.

—Es que Don Fernando es ya enamorado viejo.

—Eso es precisamente la razón, ha entrado en la edad de la pretensión, tiene humos de conquistador, y á estos galanes son á los que las damas toman por lo regular como víctimas expiatorias.

—Es cuestión de poco momento, el Conde á su vez olvidará á la dama, y todo queda arreglado, á no ser que el negocio de un dote pueda traer alguna conveniencia.

—Wask, Wask, ¡siempre el dinero!

—No os hagáis el hipócrita: tened, como yo, la franqueza de confesarlo; negadme que una muchacha hermosa lo es más si trae el apéndice de veinte ó treinta mil pesos.

—Tal vez.

VI

Desprendióse de su pareja el Conde y vino al encuentro de sus amigos.

—Os habéis batido como un ruso, caballero.

—Pero estoy derrotado.

—En fuga y dispersión.

—¿Qué tenemos de nuevo?

—Algo que no deja de ser importante.

—Hablad, dijo Wask algo sobresaltado; porque sabía que Don Fernando no era hombre que daba importancia á lo que no valía la pena.

—Ya sabéis que el General Comonfort desde su *golpe de Estado* había caído en el desprestigio más completo; arrojado en las playas del destierro lloraba con lágrimas de sangre su funesto error, y no quitaba la vista de su émulo, de ese Juárez que desde entonces se sienta en la silla presidencial.

—¿Y bien, caballero?

—No me impacientéis, Wask.

—Continuad.

—Comonfort pasó de Europa á los Estados Unidos, y se fué acercando pausadamente á la frontera conteniendo el aliento por temor de ser detenido en su camino; tuvo algunas conferencias con el gobernador fronterizo, y acabó por pedir con voz doliente un pedazo de tierra que arar y una sombra hospitalaria en el suelo de la patria.

—Ese hombre es temible.

—Puede ser.

—Continuad, señor Conde.

—Ya la serpiente estaba en el nido de regreso de sus excursiones y comenzaría á ponerse en tren de lucha.

—Era de esperarse.

—Aprovechando la oportunidad de la guerra con Francia, podía hacerse otra vez de sus elementos y aspirar á la presidencia, eterno sueño de sus ambiciones. Comenzó por pedir el mando del distrito y autorización para levantar fuerzas que engrosaron el ejército nacional, y después de algunos meses ya era general en jefe del ejército del Norte.

—¡Mil rayos con ese hombre! exclamó Wask.

—Ya no era aquel hombre sumiso ante su derrota política; era hasta cierto punto otro poder frente al gobierno de Juárez, un verdadero antagonista.

—El mundo es de los atrevidos, es necesario no olvidarlo.

—Comonfort entró arrogante á la capital al frente de un magnífico cuerpo de ejército y poniéndosele en contacto con González Ortega, rehusó quedar á las órdenes de ese general.

—Eso lo descontentaría.

—Precisamente, han ocurrido á México los dos generales y el gobierno ha declarado que Comonfort sería auxiliar del ejército de Oriente, en Puebla, y viceversas si la capital es atacada.

—Y qué encontráis en ese movimiento que os alarme?

—Vos no comprendéis nada de milicia, caballero.

—Eso es verdad.

—Si así no fuese estaría á vuestro alcance que una plaza sitiada que cuenta con un ejército auxiliar fuera de sus muros, se una empresa sumamente difícil.

—¿Sabéis que Juárez no se descuida?

—Hace mucho tiempo que nos venimos equivocando; todos creíamos que eran los tiempos de Hernán Cortés, y ¡vive Dios! que ya llevamos un desengaño que pesará de hierro en la historia militar de la Francia: más tarde será el solo borrón en la hoja de servicios del imperio de Bonaparte.

—Es decir, dijo Manzanedo, que se nos espera en toda regla.

—En toda regla, caballero.

—¿Y qué augurais del éxito?

—Que si damos lugar, como hace un año, á que se reúnan todas las fuerzas de la República, nos costará mucha sangre la toma de Puebla, donde tendremos que detenernos otro año para avanzar á la capital, y mientras pueden surgir complicaciones en el mundo de la diplomacia.

—Ese es mi parecer.

—Afortunadamente mañana nos ponemos en marcha sobre Puebla, este viejo general tiene ya completo su contingente de cincuenta mil hombres, y ya podremos comenzar las operaciones.

—¿Y qué hay de Laurencez?

—Dicen los médicos que á consecuencia de la insolación, perdió la cabeza y no pudo ordenar con entero albedrío la acción sobre el cerro de Guadalupe, y fué la causa de la derrota.

—La disculpa es feliz, amigo mío; pero nadie la cree.

—No importa, sabido es que las mentiras son más creídas que las verdades, de ahí tantas glorias y reputaciones usurpadas; cuando menos se gana con una mentira, es poner en duda la verdad.

—Este Don Fernando es un sabio.

—Esto lo dice la Biblia del mundo.

—Y con evangelistas como vos, el libro queda perfecto.

—Me marchó, dijo Manzanedo, estoy horriblemente fastidiado con esta soldadesca.

—Marchémonos, dijo Don Fernando, que hay que marchar; he pedido una sección de vanguardia, porque quiero presenciar todo, absolutamente todo.

—Iremos en vuestra compañía.

—Wask debe quedarse para vigilar á Saligny, ese hombre es de mal agüero para nosotros.

—Descuidad, no le perderé de vista, trae en su caja los bonos que debemos dividirnos en México, según instrucciones de los agentes de Jecker; señores, esa fortuna no tiene igual.

—Cuidado, dijo Manzanedo, que del plato á la boca se pierde la sopa.

—No os permito bromas sobre este asunto, caballero.

—Lo mismo creíamos antes del 5 de Mayo.

—Es que ahora todo es muy diferente, somos cincuenta mil hombre, y Forey no está loco como Laurencez.

—Os lo dije, exclamó Don Fernando, ya está acogida la idea de la demencia de Laurencez por el mismo que la combatía.

—Todo puede ser, dijo Wask, si no está loco, por lo menos es un mibécil.

—En eso estamos completamente de acuerdo.

—Marchémonos, ya comienza el desórden.

—Han tomado con exceso los oficiales.

—Esto para en estocadas.

Los tres amigos, es decir, las tres cabezas de la hidra de la ambición, fueron á soñar en la inquieta pesadilla de sus desvelos, la realización de aquel plan sangriento tan hábilmente llevado hasta entonces.

VII.

La noche avanzaba y el salón se quedaba desierto de señoras; entonces la soldadesca se precipitó á los manjares y botellas, y comenzó á brindar por el triunfo de sus armas.

Mr. de Saligny dijo también un brindis muy elocuente; pero que nadie pudo escucharlo porque S. E. estaba ya debajo de la mesa á la hora de la perorata.

El viejo Forey echó otra proclama, diciendo que la suerte le había hecho una *infidelidad* á la bandera francesa, refiriéndose al 5 de Mayo, y que era necesario vindicarse ante el mundo entero.

Esas *infidelidades* son de muy difícil reparación.

Pocos mexicanos simpatizaron con las ideas del prófugo de Sebastopol.

En nuestro mismo suelo y en presencia de los mexicanos, brindaba aquella soldadesca en una impía saturnal por el aniquilamiento de la patria.

De aquel festín saldrían en son de guerra sobre nuestras ciudades á disputarnos hasta el suelo donde descansan las cenizas de nuestros padres!

Almonte trataba de aparecer sereno; pero la tormenta de la rabia estremecía su corazón.

Ese ambicioso era la primera víctima de sus sacrílegos manejos, había soñado apoderarse del país á la sombra de

la bandera extranjera, subyugarlo, y hacerse centro de las influencias de Napoleón para hacer de la República un virreinato.

Su insuficiencia en los primeros pasos sobre la vía revolucionaria, denunció al hombre de antaño, al hombre fiasco, al aspirante desgraciado, al político silbado y al diplomático sin talento.

La Francia vió en peligro su obra, y pasó sobre aquel simulacro de gobierno, sobre aquella comedia ridícula, y derribó el castillo de barajas alzado en las horas de su sueño.

Ya no había elección, ni plan de Córdoba y de Orizaba, aquellos votos eran nulos, aquella voluntad nacional tan decantada una mentira; ahora, la mano de acero de un general sería la ley suprema.

Forey asumió el mando, y todo quedaba subordinado á la espada del conquistador.

CAPITULO VI.

DEL CONSEJO DE GUERRA, Y OTROS INCIDENTES QUE SABRA EL CURIOSO LECTOR

I.

La mañana del 1° de Marzo de 1863 se celebraba consejo de guerra ordinario para juzgar á Guilebaldo Aguilar por haberse sorprendido en la vía de Acultzingo con unos novillos y algunos borregos, en dirección al campamento francés.

Guilebaldo hizo su entrada á Puebla entre el bullicio de la gente y la rechifla de los soldados.

El inválido Torre-Mellada, que estaba en el atrio de la catedral, percibió á su yerno montado en una mula y amarrado como un trinquete, y tras él eso que se llama cuerpo del delito, que consistía en los animales.

El inválido se quedó petrificado, y más aún cuando Guilebaldo le gritó:

—¡Papá! ¡papá! avise usted al capitán Martínez, me quie-

ren fusilar; no le diga usted nada á Isabelita, le va á pasar un accidente, usted sabe el estado que guarda y no quiero una desgracia.

Estas voces fueron contestadas con gritos y aplausos de la multitud, que veía en el reo un solemne majadero.

Guilebaldo fué consignado al fiscal, hombre de setenta años, mueble de traspaso en las oficinas de guerra, hábil de pluma y tonto de cabeza.

Este personaje se llamaba Becerra, hombre inflexible y capaz de llenar cien pliegos sólo con una declaración preparatoria.

Guilebaldo hablaba una palabra, y el fiscal escribía diez páginas de letra menuda.

Guilebaldo negaba todo cuanto se leía lo que había dicho; entonces Becerra, escribía otros diez pliegos, así es que la causa tenía ya cuatro cuadernos y medio cuando Becerra pidió que se celebrase el consejo de guerra.

El inválido fué nombrado defensor, y Pablo Martínez vocal del consejo.

Isabel ignoraba la desdicha de su esposo, lo creía en el rancho, y vivía tranquila, no sin imponerse de la crónica escandalosa del ejército cívico y permanente.

Llegó por fin el día del consejo y Guilebaldo fué llevado al salón en cuerpo de patrulla.

Los vocales charlaron un poco, el fiscal contó algunos chascarrillos, y después de una sazónada conversación, tocaron la campanilla anunciado que la sesión iba á comenzar.

Abriéronse las puertas, por donde una turba de ociosos se precipitó á tomar asiento; hubo empellones y atropellos, pero al fin la avalancha entró en reposo y comenzó el relato de la causa.

El señor de Becerra dijo con énfasis:

—Aguilar y socios, por estar en connivencia con el enemigo extranjero.

—Yo no tengo más socio que los borregos, señores jueces.

—Calle usted, dijo el presidente, aun no le toca hablar.

—Como la cosa me atañe y me va en ello el pescuezo, creo que no se me debe atajar la palabra.

—Cuando llegue el turno.

—Está bien; pero desde ahora digo que no tengo mas cómplices que los novillos, y que ese señor Becerra me ha puesto la puntería y quiere que me fusilen.

—El reo se propasa, señor presidente, la fiscalía á quien tengo el honor de representar, nunca ha puesto punterías, y en cuanto á los borregos, es otro asunto muy serio del cual me ocupo en mi pedimento.

—El pedimento debía el señor fiscal hacérmelo á mí que soy le dueño.

- Señor presidente, dijo el fiscal, el reo presupone que el representante de la vindicta pública trata de extralimitarse en el uso de los cuerpos del delito.

- En los cuerpos de los susodichos borregos, contestó Guilebaldo.

El presidente llamó al orden y todo quedó en silencio.

El fiscal leyó las fórmulas de ordenanza y después la enmarañada declaración de Guilebaldo, que produjo una hilaridad graciosísima.

--Es de notarse, dijo el fiscal, que cuando se aprehendió á Guilebaldo Aguilar, con esa prespicacia tan característica de los grandes criminales, hizo que su ganado volviese los cuernos al poniente, cuando iba en marcha para el oriente, para que creyese que venía y no que iba.

--Qué idas ni qué venidas, ni qué cuernos! gritó Guilebaldo, lo que quieren es decomisarme los animales.

--Calle el reo hasta que se le llegue su turno.

--Señor presidente, si no es mi turno cuando se me trae al consejo de guerra, yo no atino.....

--Que calle usted!

--Está bien, pero eso de los cuernos son cosas muy del señor fiscal.

--Quiero que conste en el acta, dijo Becerra, que ese criminal ha dicho que los cuernos son cosas mías.

....Pido que no conste; porque yo al hablar de esas cosas no he aludido al señor si no en el modo de volverlos ya para acá, ya para acullá.

Volvió á sonar la campanilla.

--Dejando á un lado ese incidente, continuó Becerra, el reo primero confesó y luego negó, afirmando después y negando en seguida lo que tenía dicho como razón de sus declaraciones preparatorias y subsecuentes.

Guilebaldo abrió tanta boca sin comprender una sola palabra.

Los vocales del consejo y el público, sin abrir la boca, se quedaron en ayunas del párrafo del pedimento.

El fiscal notó la sensación y creyó que había hecho efecto su párrafo.

-No es que crea en mi elocuencia, continuó con prosopopeya, sino que el crimen es tan patente, que basta el simple hecho de haberse encontrado en el camino el reo y los animales, para calcular que se llevaban á venderlos al ejército intruso y odiado de Napoleón III.

El público aplaudió.

Dicen que es de mala ley en la oratoria tocar puntos que traen aparejado palmoteo, pero es el uso que las medianías han introducido en los parlamentos y la puerta á la que llaman las nulidades como puerto de salvación en la tribuna.

El fiscal prosiguió:

-Deseara que los animales hablasen, para que los señores vocales quedasen perfectamente enterados.

-Los animales hablan, dijo Guilebaldo, dígalos el señor fiscal, que asienta que el cuerpo de delito habla.

- Eso es en sentido figurado.

--Yo no entiendo de eso, yo sé que si los borregos hablaran, y sobre todo, las borregas que aparecen en la causa, dirían mil cosas, y entre ellas que venían para Puebla y no para los franceses.

El fiscal acabó pidiendo la pena de muerte para Guilebaldo.

--Pido, gritó Guilebaldo, que aclare el señor Becerra si pide la pena de muerte para mí, ó para las borregas.

- ¡He dicho! dijo con énfasis el fiscal.

--Pues muy mal dicho, porque yo no consentiré en que se me trate como borrego ó como novillo.

Tornó á sonar la campanilla, y todo quedó en silencio.

Ese pedimento, que en otra situación hubiera causado pánico en la concurrencia, fué recibido con risas por el público y sonrisas por los vocales del consejo.

-Hable usted, dijo el presidente dirigiéndose al defensor.

El inválido se apoyó en su muleta, tosió, se arregló la patilla, sacó un cartapacio, y dijo solemnemente:

-Señor presidente, señores vocales, respetable auditorio: la causa que tienen usías á la vista.....

-Querido suegro, dijo Guilebaldo, ya no se usan *dictorios*.

-Lo había olvidado; y continuó: se trata de la vida de un ciudadano y del comiso de unos borregos ó borregas y de unos novillos; esta complicación no ha sido bien definida por el señor fiscal en su luminoso pedimento.

-No se le olvide á usted, interrumpió Guilebaldo; aquello de que me quieran ahorcar.

-Ese hombre que se sienta en el banquillo del acusado..... es.....es.....mi yerno!

-Servidor de usted, añadió Guilebaldo.

Ya la sesión iba degenerando en sainete, á los vocales les costaba trabajo mantenerse serios; pero la obligación de un juez ver, oír y callar.

-Digo que es mi yerno, prosiguió el inválido, para que se comprenda el vivo interés que me trae á este puesto, el que ocupo con tanta satisfacción.

-Yo no soy del mismo parecer, dijo Guilebaldo, maldita la satisfacción que tengo de encontrarme aquí.

-Este joven venía tranquilamente de su rancho en dirección á Puebla; porque eso que asienta el señor de Becerra de la volteada de los cuernos, no está probado con esa claridad que pide el rey Don Alfonso el Sabio en sus Siete Partidas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1025 MONTERREY, MEXICO

—No eran siete partidas, dijo Guilebaldo, era una de borregos y otra de novillos.

—Se le prohíbe á usted interrumpir.

—Hablo en compañía de mi defensor, y estoy en lo que ese señor de Becerra llama su derecho.

El inválido continuó en su defensa, que tenía muchos puntos de contacto con el parecer fiscal, y estaba en un trozo admirable, cuando Isabel Torre-Mellada, esposa de Guilebaldo, entró en el salón con el pelo destrenzado, el rostro descompuesto y los vestidos hechos girones.

—Guilebaldo! Guilebaldo! gritó como una loca.

—Con permiso de ustedes, dijo Guilebaldo, me llama mi esposa y no la puedo dejar con la palabra en la boca.

—No puede usted separarse del banquillo.

Ya lo oyes, Isabel; si quieres, acércate, porque yo no puedo separarme de aquí, estoy muy ocupado.

—Señores militares, exclamó Isabel que se pierdan los borregos, pero dejénme á mi esposo.

—Sí, que se pierdan, dijo con ternura Guilebaldo, pero devuélvanme los novillos, y todo se los perdono.

—Se levanta la sesión, dijo el presidente, poniendo término á aquella farsa.

II.

Los vocales entraron á reír á dos carrillos de tanta barbaridad.

El capitán Martínez dijo á sus compañeros:

—Este es negocio concluido, el fiscal se quiere anexar los borregos, esto es lo que he podido comprender de la lectura de la causa; yo conozco á este muchacho, y no es capás de cometer un crimen, además que en su casa se á curado mi general Arteaga y le debemos muchos favores.

—Se conoce que es un inocente, dijeron los demás, lo absolveremos y es cuanto.

—Bien dicho, gritó Martínez y se puso á escribir la sentencia que le dictaba el presidente.

Firmaron el pliego y la sesión tornó á abrirse.

El fiscal estaba hinchado, creyendo que su parecer sería aceptado por unanimidad.

Isabel se había sentado junto á Guilebaldo á morir con él según se lo aseguraba, y á disputárselo al mismo Becerra en cuyas manos habían caído multitud de infelices.

El capitán Martínez leyó la sentencia y cuando llegó al punto de la libertad, el público aplaudió á rabiar.

Guilebaldo no se inmutó esperando hasta el fin; cuando Martínez recaló por fastidiar al fiscal, lo de "se le devolverá el ganado," entonces Guilebaldo salto más alto que pelota mientras Becerra no alcanzaba la respiración.

El inválido, dándose todo el aire de triunfo, tomó por el brazo á su hija y yerno y salió entre los plácemes de los amigos y las maldiciones del agente fiscal.

III.

Cuando Martínez llegó á su alojamiento, se encontró con Mondoñedo que ya estaba desesperado de su tardanza.

—¿Mi comandante, usted por esta pobre choza?

—Sí, y te necesito mucho.

—Puede usted hablar, estamos solos.

—Se necesita que vayas al pueblecito de Santiago á poner unas minas, dentro de breves días será ocupado por los franceses.

—Comprendo, y se necesita que vuelen hechos pedazos.

—Precisamente.

—Pues sólo necesito facultades extraordinarias.

—Las tienes todas.

—Pues me marchó dentro de media hora con la flor y nata de mis camaradas, este es negocio de *pecho*, y lo cumpliré como lo previene el general González Ortega.

Mondoñedo se dirigió al cuartel general á dar parte de su comisión.

El capitán Martínez comenzó á disponer su equipaje.

—¡Manolol! ¡Manolol! ensilla los caballos y márchate á llamar á Quiñones que está en el cuatel inmediato.

—Al momento, mi capitán.

—Este maldito andaluz será un buen compañero, no tiene relaciones con ninguna persona y podrá ayudarnos á poner las minas; seguro estoy del éxito, ya tenía gana de una empresa, esta es mi cuerda.

Quiñones acudió al llamado de su amigo.

—Señor teniente, vamos á *laborearla*.

—Estoy á las órdenes de mi capitán.

—Váyase al cuartel, donde estarán ya unos carros con parque, lléveselos con una escolta al pueblito de Santiago.

—Muy bien, mi capitán.

—Allá le contaré lo que tenemos que hacer, es un negocio muy divertido.

Quiñones salió inmediatamente, se dirigió al cuartel, tomó

los carros y con ellos la dirección al punto indicado por el capitán Martínez.

Manolo dió aviso á la condesa de su salida, que le parecía altamente sospechosa.

La condesa le dió sus instrucciones y el andaluz se presentó en la casa alojamiento dispuesto á marchar como se lo tenían ordenado.

IV.

A las oraciones de la noche llegaba Martínez al pueblo de Santiago, que está á las inmediaciones de Puebla y á la derecha del cerro de San Juan, con una docena de amigos; la guerrilla del *veneno* le llamaban en las poblaciones.

Púsose de acuerdo con toda aquella falange de calaveras y dispuso hábilmente su operación.

Hizo circular la especie de que tomaría de *leva* á todos los hombres para formar un regimiento.

Inmediatamente todos los varones tomaron soleta y dejaron abandonadas sus familias.

Entonces, Pablo Martínez, fingiendo una gran borrachera, se lanzó en medio de las callecitas de Santiago, jurando á gritos que se robaría cuanta mujer encontrase á mano.

Las mujeres atrancaron las puertas y el pueblo quedó en un silencio sepulcral.

—Arreglado! dijo Martínez, comencemos nuestros trabajos, y para que no se escuchen los golpes, que los clarines toquen hasta reventar.

Quiñones, Manolo y los otros jóvenes comenzaron á poner las minas, trabajando toda la noche.

Al día siguiente suspendieron la fatiga, pero viendo que alma nacida se aparecía por el pueblo, continuaron en el mayor sigilo la operación de las minas.

Al día siguiente establecieron los hilos, y todo quedó terminado.

Martínez dejó una pequeña guarnición al cuidado y volvió á Puebla á dar aviso que su comisión estaba desempeñada.

Manolo corrió á la casa de la condesa.

—¿Qué objeto ha llevado ese capitán Martínez al pueblo de Santiago? preguntó la condesa.

—Nada he comprendido, yo creo que está traicionando al general González Ortega.

—Explicáte.

—Ha hecho una mala partida, que donde se la huelan, lo fusilan.

—¿Qué pasa?

—Nada, ese maldito de jefe luego que llegó á la idea, se puso en compañía de esos pertardistas de compañeros á enterrar el parque.

—¡Malol! murmuró la condesa, y luego añadió: ¿y en qué lugar ha depositado la pólvora?

—En las dos casas que servían de cuarteles.

—¡Estos hombres son terribles! murmuró la condesa.

—Lo que no he entendido es una cosa muy rara.

—¿Cual? preguntó con negligencia Doña Blanca.

—Unos hilos que van á dar á las orillas de la población, muy ocultos y muy bien puestos.

—¿Podrías enseñarme el sitio?

Perfectamente, como que yo soy el que he intervenido en el guisado.

—Pues espérame en la garita.

—Convenido.

V.

En la tarde de ese día, Doña Blanca montó en un arrogante caballo, y seguida de sus criados y á una vista de Manolo Balboa, comenzó á galopar en son de paseo y tomó rumbo al pueblito de Santiago.

Cerraba la noche horriblemente oscura, cuando llegó Doña Blanca á Santiago con su cabalgata.

Dejó á sus lacayos, y á pié se dirigió con Manolo con el fin de conocer los puntos en que Martínez había colocado las minas.

—Aquí está una, dijo el andaluz señalando el patio del mesón.

—Bien, ¿y las otras?

—Por acá; y llevó á Doña Blanca á los puntos que él sabía perfectamente.

—¿Y los hilos?

—Esos los señalaré cuando nos pongamos en marcha.

Dirigiéndose al lugar donde estaban los caballos y salieron del pueblo.

—Adelántense por si hay algún obstáculo, dijo Doña Blanca á su servidumbre, que se adelantó en la carretera.

—Vea usted, señora, aquí entre esas malezas y donde está la piedra que parece cimiento de una casa derruida, se juntan los hilos.

—Bien, quiero reconocerlos, respondió la Condesa, y se

adelantó sólo, tomó los hijos, sacó una navaja perfectamente afilada y los cortó en diversos tramos.

La solución de continuidad dejaba sin efecto aquellas terribles minas que hubieran indefectiblemente volado los mesones y hecho desaparecer en un instante á cuantos soldados se hubiesen albergado en su recinto.

La Condesa entregó una gran cantidad de oro á Manolo, que creyó volverse loco, y llegó ébrio de felicidad á la casa de Pablo Martínez.

VI

El capitán estaba desesperado, porque sus caballos no habían cenado.

Manolo se presentó muy compungido.

—¿Donde estabas, animal?

—La verdad, mi capitán.....echando un *trinquis fortis*.

—Bien, ¿y por qué no has cuidado de dar pienso á los caballos?

—Porque.....porque no lo pensé.

—Bien, ¿y por qué no les has dado agua?

—Por la misma razón.

—Bien, ¿y sabes lo que te va á costar ese descuido?

—Con dar luego la pastura, es negocio arreglado.

—Yo lo voy á arreglar de una manera más sencilla, dame mi espada.

—¡Valos tenemos, dijo el andaluz, y con la resignación de un mártir descolgó la espada y la llevó á Pablo Martínez.

—¡Firme! gritó el capitán.

—Manolo se *cuadró* perfectamente.

Martínez comenzó á darle una zurríbamba de cintarazos que resonaba en toda la casa.

—¡Alto!

—Alto, mi capitán, ya estoy despachado.

—No, esta primera descarga fué por cuenta de la cebada, sigo ahora un abono por el agua, ¡firme!

—¡Firme! mi capitán, volvió á decir el andaluz,

Siguió la felpa con una furia terrible, cuanta más era la sangre fría de Martínez.

—¡Alto!

—¡Alto! mi capitán, que ya tengo las costillas desatornilladas.

—¡Firme!

—¡Firme! mi capitán.

—¿Estás satisfecho?

—Como si me hubiera sacado la lotería.

—¿No quieres más?

—Como guste mi capitán.

—Es que yo gusto á todas horas.

—Pues entonces, suspenda usía el gusto, porque tengo más cardenales que Su Santidad, y más golpes que un Santo Cristo.

—Enterado, y lárgate, quedas arrestado por tres noches en la caballeriza para que no se te vuelva á olvidar dar la cena á tus semejantes.

—¡Bien! mi capitán.

—Conque largo, y á pasar la noche con los caballos.

—Con permiso de usía.

Manolo Balboa se alojó con la parte bruta, y en el silencio de la noche se puso á acariciar su dinero, que era ya demasiado para traerlo siempre consigo.

Ocurriósele enterrarlo como el parque en el lugar menos sospechoso. Temía y con razón, que una imprudencia lo denunciase y no pudiera dar explicaciones satisfactorias.

Con la bayoneta practicó una excavación, y después de contar sus onzas, de besarlas, de calentarlas junto al corazón, marcó en todas las potencias del alma las señas que eran muchas; para que jamás se le olvidase aquel sepulcro provisional de sus esperanzas y de su porvenir.

No dejó de ocurrírsele que los caballos presenciaban aquel acto; pero recordó que un sólo animal había hablado, y ese era burra, la burra de Balaan.

Durmióse después, cubriendo con su cuerpo la tumba de su oro, y soñó que era tesorero general de su provincia.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.